

ALGUNAS PALABRAS SOBRE BACHELARD

FRANCIMAR ARRUDA*

Es innegable la importancia de la obra de Bachelard en la actual coyuntura cultural. Las ideas y categorías bachelardianas, por su fuerza y originalidad, actuaron como verdaderos tentáculos que, alcanzando campos diversos del saber, lograron que su influencia se extendiese más allá del ámbito de la filosofía de las ciencias y de la poesía.

El materialismo bachelardiano se presenta bajo dos aspectos: como materialismo científico en las obras en que analiza los aspectos materialistas de la ciencia contemporánea y exaltación a la imaginación material, cuando Bachelard muestra en la vía poética que la imaginación creadora es derivada del contacto con la materia, al mismo tiempo, estimulante y provocadora. En este texto nos detendremos en el materialismo conectado a la imaginación poética como herramienta indispensable a la aprehensión del hombre, del otro y del mundo en la actualidad.

(*) Magíster en Filosofía, Doctora en Teoría del Imaginario. UFRJ, Post-Doctorado en la Universidad de Bourgogne (Francia), Profesora de Filosofía de la UFF. Coordinadora de GEPI, Grupo de Estudios y Pesquisas del Imaginario UFF.

Autora de los textos: En el rastro de la nueva era, Las miradas contemporáneas, Los desvalidos de Eros, Sobre el otro y la soledad.

Para Bachelard la imaginación constituye un reino autónomo, irreductible a otros modos de conocimiento. Más aún: al abrir la vía imaginativa de la percepción del mundo y de nosotros mismos, el reino de las imágenes nos crea. Y, a partir de allí, él nos indica la necesidad de estudiar las manifestaciones poéticas, reveladoras de la actuación de esa función creadora.

Así, Bachelard nos habla del positivismo de lo imaginario. En verdad, él reserva el vocablo para la vertiente poética, definiéndolo en *L'air et les songes*: «El vocablo fundamental que corresponde a la imaginación no es imagen, es imaginario. El valor de una imagen se mide por la extensión de su aureola imaginaria. Gracias al imaginario, la imaginación es esencialmente abierta y evasiva»¹. El imaginario es, por lo tanto, visto como una fuerza positiva, caracterizado por su dinamismo, que pone en acción los recursos presentes en el sujeto para actualizar las imágenes internas y externas que, en consecuencia, adquieren características, como escribe Jean-Jacques Wunenburger (1997-72), de vehículos de investigación de significados potenciales, que nos permiten descubrir la riqueza del Cosmos y del Ser. El imaginario remite a una dimensión ontológica.

Pero Bachelard, por más seducido y reencantado que se revele al ofrecerse a las resonancias que las imágenes le despiertan, jamás deja de afirmar la antinomia entre el hacer poético y el hacer científico. En el texto que tal vez sea el último de sus grandes escritos, *La poétique de l'espace* (1957), reafirma el obstáculo: El filósofo que siguió, con la mayor nitidez posible, el éxito del racionalismo activo(...) debe olvidar su saber, romper con todos sus métodos habi-

¹ Citado por Rocha, Pitts, 1987 * La letra cursiva es indicación mía.

tuales de pesquisa filosófica, si quiere estudiar los problemas planteados por la imaginación poética. En otras palabras, el saber estaría del lado racionalista, en tanto que la fenomenología de la imagen poética remite al sabor.

Así mismo, nuestro filósofo se va esforzando en legitimar el método poético, adquiriendo una doble función en el seno de la imagen: El poema teje lo real con lo irreal al dinamizar el lenguaje por la doble actividad de la significación y de la poesía. (Bachelard, 1957). Ya había hipotetizado, desde *El agua y los sueños*, la presencia de una función de lo irreal, en oposición a aquello que la psicología francesa, con Pierre Janet, denominó función de lo real, instancia destinada a asegurar la correcta adecuación del sujeto al mundo real. Entonces afirmó que alguien desprovisto de la función de lo irreal estaría tan enfermo como alguien privado de la otra función.

Esta vez se apoya en Jung, cuyas referencias se van multiplicando a lo largo de su obra, para afirmar la positividad de la función de lo irreal : A la función de lo real, instruida por el pasado, tal como delineada por la psicología clásica, es preciso añadir una función de lo irreal tan positiva cuanto aquélla (ibíd:16). Se ve que tal función asume, por así decir, una dimensión prospectiva, ya que complementa la información originaria de las experiencias pasadas, propiciada por la función de lo real y , siguiendo a Jung, puede ser vista como reveladora de algo que está por venir: Una simple imagen, si es nueva, abre un mundo (ibíd:129). Los poetas crean documentos de psicología requintada cuando, en lugar de utilizar mera metáforas – vistas por Bachelard como esencialmente reproductoras–, se abren a la autonomía del imaginario, que se expresa en la pura creación.

Se sabe, desde la antigüedad que, cuando una persona es impedida de soñar, pierde su equilibrio. Lo que nos propone Bachelard es hacer del sueño despierto (o devaneo) un soporte y puente necesarios para un vivir saludable. Pero para que eso pueda ser efectuado, es necesario recorrer un camino, una errancia, una especie de auto exilio de los caminos convencionales. Se trata de la tensión existente entre el exilio y la reintegración y solamente personas existencialmente nómadas, se pueden aventurar en ese camino que es, realmente, permanente. Se trata, para usar un término de San Agustín², de una *peregrinatio*. En este caso no era una busca de la Ciudad de Dios, sino una peregrinación en busca de sí mismo a través del otro. Viaje melancólico que posibilita la reintegración del pequeño yo al Ser. Viaje inquietante porque su equipaje mayor está hecho de sueños que no fueron olvidados y que, por eso mismo, le sirven de alimento y abrigo. Y, cuando no traicionamos nuestros sueños porque permanecemos como impermeables a los diversos principios de realidad, político, económico o religioso, precisamos de otro que nos sirva de ancla y soporte para nuestro vuelo, un interlocutor que comparta el saber y el sabor de esa trayectoria. Esto, porque el conocimiento científico del mundo nos revela, apenas, la punta del iceberg. Al igual que éste, tiene el mundo una espesura oculta, que escapa a nuestra posibilidad de expresarla. Y, más aún: la representación de una cosa es una abstracción que nos lleva a perderla. No se bebe agua en la palabra vaso, ni se consigue tomarla, como signo, en la parte cóncava de la mano en concha. Vivimos y pisamos el misterio, la carne del mundo, sus colores, asperezas y dulzuras, tenemos, con relación al mundo materia, una complicidad impensable, silenciosa, profunda, hecha de lin-

² Sobre las referencias a San Agustino ver P. Bron, *La vie de St. Agostín*, Paris, Seuil, 1971.

fas, humores, de vellocidades, de entradas y salidas, de tripa, nervio y sangre.

Fue Bachelard, ese otro, que se me reveló como un arauto del esplendor del materialismo del mundo, en cuyo suelo nos enraizamos para existir. Cuando él nos dice el soñador está en el mundo, y no puede dudar de eso (1960:150) nos propone una unión con la naturaleza y, una intimidad con la materia que me recuerda a Teilhard de Chardin³, quien trabaja también en esta dirección para ponerse de acuerdo con la respiración y con el ritmo de Dios. Si se quiere amar a Dios, que se aprenda, con reverencia, a chupar naranja y a beber agua. Es en concreto ñ en el pan, en el vino, en el trabajo ñ donde se enraíza, para Teilhard de Chardin, la experiencia de Dios. Así también como para Bachelard, el devaneo es un fenómeno abierto, verticalizante, que se desenvuelve a su vez, abandonado en el mundo que engendra una doble transformación; la del yo y la del mundo. Yo sueño el mundo, luego el mundo existe como en el sueño (1957:136), dice Bachelard y de hecho, en el devaneo, el alma y el mundo están misteriosamente unidos a tal punto que él pregunta: cuando un soñador habla, quién habla ¿es él o el mundo? (1957:161). Los elementos, el espacio, el tiempo, en fin la materialidad del mundo son los propiciadores de devaneos cósmicos y los devaneos cósmicos nos incitan a devaneos proyectivos (ibíd:140). Sólo podemos acceder a una experiencia de expansión del yo en dirección al cosmos por el devaneo y es la materia la que representa la vida del cosmos y encarna para el soñador la zambullida en las profundidades de su yo para reintegrarse al Ser.

³ Sobre el tema ver: Franco Ferraroti, *Le retour du sacré*, traducido Del italiano por B. Fourastié, paris. Ed. Méridiens, 1993.

Ambos, tanto el filósofo como el teólogo, quieren vivenciar una experiencia de epifanía y si pensamos en esa dirección, podremos defender la idea —sólo aparentemente esdrújula— de que Teilhard de Chardin y Bachelard podrían ser dos radicales propedeutas de todo misticismo futuro⁴. Ellos honran lo concreto del mundo, permaneciendo fieles a lo que es visible. La visibilidad de los fenómenos no los degrada, ni empobrece. Lo visible es la puerta que conduce a lo invisible, y no lo contrario. Al virar la dialéctica de Hegel de cabeza para abajo, Marx prestó un servicio inestimable al concepto de absoluto, y, por lo tanto, a la idea de Dios (en el sentido más amplio del término). Dios no habita el cielo solo, abismado en la contemplación del propio ombligo. Llego a Dios por mi espanto delante de la grandeza del Cosmos. Dios tiene que ver con mi boca abierta, extasiada delante del misterio y de la belleza de una flor o de una concha marina. Su existencia se revela en la multitud innumerable de nuestras bocas abiertas, en éxtasis, delante del Universo desbanalizado, frente al cual se nos cae la cara, por todos los tiempos de la historia humana.

Al principio es la materia, la cordillera de Dios en el Cosmos. Ella es el suelo básico que llamamos vida. Representar el mundo es perderlo, por un lado. La vuelta a la patria no significa el retorno a la idea, al concepto, al espíritu, sino a la materialidad del mundo. Al principio es la naturaleza, transcurriendo en el tiempo, con el formidable —y casi siempre silencioso— rumor de su transcurso.

Esa es la primera lección que se aprende con Bachelard, el primer paso para la errancia; la segunda lección fue que el único principio de realidad es el devaneo y que decidida-

⁴ Que me perdonen los especialistas por cometer tal vez una herejía al tratar a Bachelard de místico. Pienso, sin embargo, que él concordaría con el argumento presentado.

mente para tenerlo como interlocutor en esa peregrinación, tendría que torcer mi alma y reeducar mis sentidos para vivenciar esa dimensión y de allí, entonces, poder decir: sueño, luego existo.

Las lecciones siguientes vinieron dulcemente, mostrando el devaneo como creación de un nuevo mundo.

Bachelard puso la palabra en mi oído y decía con infinita paciencia con su voz luz. Antes de todo el devaneo porque, ¿no es en el devaneo donde el hombre es más fiel a sí mismo? (1960:C3), ¿no es allá donde él reencuentra su realidad esencial, una conciencia de sí mismo infinitamente abierta que se funde con otras conciencias y que le revela una forma de inmortalidad? El devaneo, en seguida, porque solamente él tiene la conciencia de sus funciones encantadoras: consolidar los mundos imaginados, coordinar las libertades para que el humano pueda tener todos los futuros (ibíd:C4). Devaneo, por fin, porque solamente él nos abre al infinito, aun permaneciendo en la dimensión humana, o a pesar de ella, y nos posibilita visualizar un más allá: El claro-oscuro del psiquismo es el devaneo, un devaneo calmo y calmante, que es fiel a su centro, no restringido a su contenido, pero transbordando siempre un poco, impregnándolo de luz y de penumbra.(1961:9) El devaneo representa nuestra intimidad, por eso él nos permite tocar el infinito y palpar lo eterno, pero, sobre todo, el devaneo nos ayuda a habitar el mundo, a habitar la felicidad del mundo(1960:20). Ese punto fue muy importante porque precisamos ser felices, y con cierta urgencia, y así sumergirnos, sin miedo, en la soledad, porque el devaneo implica soledad, nadie sueña en sociedad. Y es en la soledad donde el hombre descubre y encuentra las cosas. ... las habita o las enfrenta, penetra en su intimidad o las trabaja. Toda la naturaleza expresa el estado de este ser superior y extraño que es el hombre solitario.

Se trata de una soledad metódica y ascética, que no tiene nada que ver con el olvido del otro. Podemos comprender eso cuando Bachelard analiza el valor del adjetivo solo que caracteriza el inicio de la soledad, que representa el primer estado del soñador que tiene la necesidad de una relación directa con su mundo. Así, él se pregunta: La llama solitaria, ¿será que ella agrava la soledad del soñador?(1961:34). En seguida, rápidamente, es la palabra *solo* que se impone a Bachelard para connotar a la llama su valor y su unidad: La llama es sola, naturalmente sola, ella quiere estar sola (ibíd:36).

De esta forma, la verticalidad y el dinamismo de la llama son concentrados en este único adjetivo solo. Así mismo, escribiendo en la soledad, lo que él quería era comunicarse con el gran Otro de los lectores solitarios (ibíd:47). La soledad no es un aislamiento, por el contrario, es el recogimiento que prepara el devaneo para el desabrochar de la intersubjetividad. Vale la pena oír de nuevo las palabras de Bachelard:

Un hombre solitario, en la gloria de estar solo, cree a veces decir lo que es soledad. Pero a cada uno su soledad. Y el soñador de soledad sólo nos puede dar algunas páginas de ese álbum del claro-oscuro de las soledades. En cuanto a mí, así mismo en comunión con las imágenes que me son ofertadas por los poetas, así mismo en comunión con la soledad de los otros, yo me hago solo, profundamente solo, con la soledad de un otro.(ibíd:53)

Esa soledad compartida nos hace recordar a Clarisse Lispector que muestra también la celebración de la vida como fatalidad del hambre y de la sed de otro y elabora un himno a esta necesidad cuando dice:

Ahora preciso de tu mano, no para que yo no tenga miedo, mas para que tú no tengas miedo. Se que acreditar en todo eso será, al comienzo, tu gran soledad. Pero llegará el instante en que me darás la mano, no mas por soledad, sino como yo ahora: por amor. Como yo, no tendrás miedo de agregarte a la extrema dulzura enérgica de Dios. Soledad es tener apenas el destino humano.⁵

Textos como los de Bachelard son muy raros: textos que sin negar que tenemos que ver con la soledad, nos dan la mano y nos ayudan a conquistar el mundo de la mansedumbre. Tomo al pie de la letra la palabra mansedumbre: es el hábito de dar la mano. Es por eso que en mi soledad habitada, la presencia del otro es tan fuerte. ¿Quién dice que la soledad es no necesitar? Se precisa del otro para ser solo: y precisar es ya romper la soledad, es la mayor lección de humildad, donde la propia sed ya es ella misma lo que desaltera, pues tener sed ya es darse a la experiencia de beber, de abrir una ventana. Ahora, delante de la ventana comienza otro universo: allí, sin lucha, sin contra, se realiza la experiencia de una alegría simple no conquistada, admitida. Y esa alegría es como la mano de una gracia. Es dada, cae regularmente y, me llega de nuevo, Clarisse Lispector que comparte también, algunas veces, de ese encuentro con Bachelard confirmando la epifanía de mansedumbre:

Apenas eso: llueve y estoy viendo la lluvia. Qué simplicidad. Nunca pensé que el mundo y yo llegásemos a ese punto de trigo. La lluvia cae no porque está precisando de mí, y yo miro la lluvia no porque preciso de ella. Pero nosotras estamos tan juntas como el agua de la lluvia está unida a la lluvia. Y yo no estoy agradeciendo nada.(1980)

⁵ Vale la pena conferir el texto *A pasión según G. H.*, 1974.

...se es el encuentro, él se realiza cuando entre el yo y el otro sucede esa cosa maravillosa llamada punto de trigo. Tal vez sea eso a lo que se podría llamar estar vivo: el milagro sin barullo del ser. Trigo: fecundidad del ser como estar en la ventana del mundo.

¡Y qué trabajo para sacar una ventana de la indiferencia! Es preciso rehacer todos los caminos abandonados después de tantos años en que no vivimos más en la vida, y que se tornaron inaccesibles a los cuerpos nerviosos, anestesiados, desvitalizados, en los que circulamos metálicamente, mecanizados, y andamos sobre rieles todas las mañanas iguales; y pasamos a toda velocidad por arriba del precipicio del tiempo. Es preciso permanecer algunos instantes, profundos como infancias, apoyada en el borde del espacio, para comprender lo que cada cosa nos quiere decir de vital importancia y reencontrar la alegría perdida de amar una hoja de papel en blanco y resolver llenarla de palabras encantadas que nos recuerden el paisaje de la tierra natal. Fue delante de estas hojas desnudas cuando aprendí la oración de Bachelard: *Hambre nuestra de cada día nos das hoy* (1960: 55). Es preciso, en fin, perforar la espesura de nuestra inmovilidad interior, encontrar la última fuerza más fuerte que la inercia, dejar de lado todos los olvidos, para ir en dirección a las fuentes y al extranjero del yo; habitar el devaneo.

Entre yo y Bachelard sucedió el punto de trigo, ambos compartimos el devaneo, dimensión primitiva, patria común, morada de todos nosotros y que nos permite cambiar intensamente todos los tipos de relación yo-otro. El devaneo se transformó, en mi opinión, en la condición de posibilidad de alteridad, el medio por el cual la intersubjetividad mestiza, generosa, amplia, extensa, plena de ruidos, fragancias y belleza que precisamos vivenciar.

Pero, además de esa importante lección, lo que me hizo por fin tomar una decisión en relación con nuestro encuentro fue su humor, más que su conocimiento. Su estilo es inconfundible cuando dice: El vino es realmente un universal que puede tornarse singular si encuentra, entre tanto, un filósofo que lo sepa paladear.(1948:332). Este humor pleno de ironía crea siempre una relación maliciosa entre el autor y su lector, relación que abre el alma de este último en una ancha e inmensa sonrisa. ¿Quién resiste a todo este encanto?

No resistí porque pienso hoy que ese tipo de unión caracteriza la única factible entre los seres, esa complicidad, esa ligadura mágica que el poeta Carlos Drumond de Andrade llama enamoramiento. Enamorar es preciso, tarea difícil porque:

Enamorar es la más difícil de las conquistas. Difícil porque enamorar de verdad es muy raro. Necesita de adivinación, de piel, saliva, lágrima, nube, postre, brisa o filosofía... No tiene enamorado quien no conoce el sabor de la lluvia, cine, función de las dos, bocadillo de panadería o *drible* en el trabajo... No tiene enamorado quien confunde soledad con estar solo y en paz. No tiene enamorado quien no habla solo, no ríe de sí mismo y quien tiene miedo de ser afectivo. Si usted no tiene enamorado es porque no descubrió que el amor es alegre y usted vive pesando 200kg de traumas y miedos. Póngase la pollera más leve, aquella de algodón, y pasee de manos dadas con el aire. Arréglese con margaritas y ternuras y cepille al alma con suaves fricciones de esperanza... Ponga intención de kermesse en sus ojos y beba licor de cuentos de hadas... Si usted no tiene enamorado es porque no enloqueció aquel poquito necesario para hacer la vida detenerse y, de repente, parecer que hace sentido»(6).

Devaneo, enamoramiento, son palabras que revelan una misma predisposición, abertura, inclinación, tendencia, disponibilidad para que permanezcamos en el jardín de los Encuentros, que debemos continuar habitando antes de cualquier pérdida, antes de cualquier hábito; mudas para la abertura, considerando lo nuevo que es tan antiguo, cuando todavía no perdimos nuestros dones originales, nuestros bienes irreflexivos, no descubiertos, nuestros dones inocentes. Ser jardín y vigilia, suelo y raíces, y así esperar todo, ser la espera de cada cosa. Cuando tenemos la abertura tan grande como el espacio podemos comprender la pequeñez de sus grandezas, la magnitud de las pequeñeces. Cuando escuchamos con el corazón, oímos a los otros vivir, todo llama y vibra, y tamborilea, y oímos las cosas y las personas pasando y llamándose, aquí, allí, en las alamedas del jardín, del otro lado del aire, diciéndonos sus nombres.

Atravesar océanos, deshacer cotidianos es necesario para encontrar un otro que haga brillar en nosotros una sonrisa semejante al centelleo de un instante tomado de la eternidad. La vida...

A veces es preciso ir muy lejos.

A veces la buena distancia está en el extremo distanciamiento.

A veces es en la extrema proximidad que ella respira.

Clarisse Lispector

BIBLIOGRAFÍA

- Andrade, C. D. *Ter ou no ter namorado*, Jornal do Brasil, Río de Janeiro 1986.
- Brow, P. *La vie de St. Augustin*, París, Seuil, 1971.
- Bachelard, G. *La terre et les rêveries du repos*, París, Grossi Corti, 1948.
- La psycanalyse du feu*, París, NRF, 1938
- La poétique de l'espace*, París, PUF, 1957.
- Poétique de la rêverie*, París, PUF, 1960.
- La flamme d'une chandelle*, París, PUF, 1961.
- La formation de l'esprit scientifique*, París, Vrin, 1938.
- Ferrarotti, F. *Le retour du sacré*, París, Ed. Méridiens, 1993.
- Gagey, J. *Bachelard ou la conversion à l'imaginaire*, París, Rivières, 1969.
- Lispector, C. *A paix, o segundo GH*, Río de Janeiro, José Olimpo, 1974.
- Onde estive de noite*, Río de Janeiro, Nueva frontera, 1980.
- Libis, J. *L'eau et la mort*, Dijón, CRDP, 1996.
- Perrot, M. *Bachelard et la poétique du temps*, Frankfurt, Peter Lang, 2000.